

Caro Claire Burke

Yesteryear



AdN

Caro Claire Burke

Yesteryear

Traducido del inglés por
Mar García Puig

AdN

Título original: *Yesteryear*

Primera edición: mayo de 2026

Ilustración de cubierta: Jesús Aguado

Diseño de cubierta: Paco Reyes

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2026 by Caro Claire Burke

© De la traducción: Mar García Puig, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-41-5

Depósito legal: M. 5893-2026

Printed in Spain

Parte I

El pasado

Este es el último día de la vida que imaginé para mí.

Me desperté dos minutos antes de que sonara el despertador, como de costumbre. 5:58 y *pum*: ojos bien abiertos, lista para saludar el día. Nunca me ha costado levantarme por las mañanas. Tampoco he usado el botón de posponer ni una sola vez. La sobriedad ayuda. No bebo. La disciplina también. Nací con mucha disciplina, prácticamente reboso de ella. Por eso, creo, nunca he tenido demasiados problemas en la vida. Ni la maternidad, ni el matrimonio, ni hacer crecer un negocio, ni servirle a Él. Todo esto me parecía una serie de tareas que hay que realizar cada día, en el momento adecuado, en el orden correcto. Sé que no es tan fácil para otras personas, pero para mí sí lo es.

Por eso les caía tan bien a todos esos desconocidos.

Eso y el dinero. El dinero claramente también ayudó.

Era invierno. Enero. Un frente frío acababa de soplar a través del paso. Junto a la ventana de mi habitación, el calefactor soltaba aire caliente. El cielo estaba negro como la muerte, y así seguiría durante horas. Nuestra granja estaba enclavada entre dos cadenas montañosas de Idaho, lo que significaba que en los meses de invierno no veíamos el sol hasta las nueve o así. Estábamos a ocho kilómetros de un largo y sinuoso camino rural de grava. Ni siquiera sobrevolaban aviones.

En la oscuridad escuchaba los mugidos lejanos de Sassafras, nuestra querida vaca lechera. Por el tono y el registro de sus gemidos, sabía que mi marido, Caleb, la estaba ordeñando. Justo a tiempo. Era un buen tipo.

Mi marido no era disciplinado antes de conocerme. Era el menor de cinco hermanos, el pequeño de la camada de una típica dinastía americana. Su padre era el último senador de una larga estirpe de senadores de Estados Unidos, y ahora trataba a toda velocidad de triunfar en una candidatura presidencial (¡a la tercera va la vencida!).

Su madre era una ama de casa que había pasado la mayor parte de su vida ahogándose en Chardonnay. Juntos, gracias a una combinación casi fatal de negligencia paterna y simpatía materna, habían criado a Caleb para que fuera tierno, mimado y dulce. Pero lo único más valioso que una persona dotada generosamente por Dios es una persona dispuesta a aprender, y mi marido, *ese hombre*, estaba dispuesto a aprender.

¿Y quién era yo?

Una mujer cristiana impecable. La *manic pixie girl* del sueño americano, que colmaba las fantasías más profundas y oscuras de esta nación. La madre que toda mujer quería ser y la esposa que todo hombre quería tener esperándolo en casa. Como una monja en una película porno, no tenía ningún sentido, pero ¡por Dios!, funcionaba.

Me llamo Natalie Heller Mills y era perfecta en el arte de vivir. En los silencios entre los gemidos de placer casi humanos de Sassafras (a veces bromeaba en internet y decía que mi marido tenía una amante bovina, ¡ja, ja!), oía el lejano parloteo del gallinero, ese cocococoococ meditativo que servía de máquina de ruido blanco de nuestra granja. Me encantaban nuestras gallinas. Eran tan domésticas como los perros, tan inofensivas como los niños pequeños. A veces iba al gallinero solo para sentarme con ellas. Me gustaba acariciar sus cuellos se-

dosos, dejar que picotearan suavemente el pienso de las palmas de mis manos.

Pronto las mataríamos. En la oscuridad, se me hizo la boca agua. Últimamente anhelaba el caldo de hueso fresco. Cuando ya has probado el cocinado en casa, el de la tienda sabe rancio.

A través de la rendija abierta de la puerta de mi habitación, se oyó una carcajada infantil. Los niños estaban desayunando en el salón. Cerré los ojos y sentí el ritmo de la casa como un latido. Nana Louise —*una bendición para la familia*— estaba en la cocina preparando tortitas. La productora Shannon —*mi mano derecha*—, de pie junto al fregadero, ponía a punto el equipo de vídeo para un largo día de trabajo. Stetson y Samuel —*mis adorados hombrecitos*— estaban sentados a la mesa, empujándose torpemente y agarrándose el uno al otro en igual medida. Clementine —*mi hija mayor, la niña que me hizo madre*— estaba en la cabecera de la mesa, ignorando a sus hermanos, leyendo un libro.

Nana Aimee —*nuestra segunda al mando*— se movía por los rincones más alejados de la casa, despertando a cada uno de los niños, besando los párpados somnolientos, dirigiendo a mis dos hijas pequeñas suavemente hacia el día. Llevaría a una a la cocina, se la entregaría a Nana Louise y volvería a por la otra.

Cerré los ojos y susurré mi agradecimiento diario al Señor por todo lo que me había dado.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por esta progenie. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson, Jessa, June y el angelito al que aún no hemos puesto nombre».

Mi mano se movió instintivamente hacia el estómago, posándose a la altura de la curva. Tenía treinta y dos años y estaba embarazada de seis meses de nuestro sexto hijo. Estaba siendo el embarazo más fácil hasta la fecha, aunque todos mis embarazos habían sido relativamente tranquilos. Nací para

ser madre. Nunca me sentí más conectada con Él que cuando tenía la tarea de gestar una de sus creaciones.

(¿Entiendes a lo que me refiero? Perfecto).

Bajo mi palma, mi niña rodó lentamente hacia un lado. Mi pequeña criatura marina. La quería tanto.

«Gracias por cuidar de los animales de la granja, Señor, y gracias por ayudarnos a superar los cinco millones en Instagram esta semana. Estamos a solo unas pocas almas de un millón en YouTube, Señor. Es por Tu voluntad, y solo por Tu voluntad, por lo que he llegado a tantos corazones y mentes. Es en Tu nombre que trabajo para difundir Tu verdad».

Una oleada de náuseas me sobrevoló y sufrí bajo su sombra. A veces me ponía enferma lo perfecta que era mi vida y lo bien que la vivía.

En la mesilla de noche, mi teléfono se despertó con una vibración. Me acerqué y lo silencié, luego me quité las sábanas de encima y me levanté.

No siempre habíamos tenido tanta ayuda. Los primeros años solo estábamos nosotros, los niños y la granja. Cuando me quedé embarazada de mi cuarto hijo, contratamos a Nana Louise. Al saber que venía un quinto, contraté a Nana Aimee y, poco después, a la productora Shannon. Lo que teníamos ahora, en términos de ayuda, era más que suficiente por el momento. Me permitía estar presente tanto con mis hijos como con mis seguidores, tal como quería, en diferentes momentos del día. Es lo que tiene ser madre, esposa e influenciar al mismo tiempo: es como dar el pecho a tres bebés a la vez. Como seducir a tres amantes a la vez.

—¿Por qué nunca muestra toda la ayuda que tiene entre bastidores?

—Queremos a nuestros empleados como si fueran de la familia, así que hacemos todo lo posible por proteger su inti-

midad, tal y como nos han pedido. No me lo perdonaría si mis cuentas en redes sociales acabaran comprometiéndolos de alguna manera.

Cuando entré en la cocina, la productora Shannon estaba en el rincón, jugueteando con un trípode, y mis cuatro hijos mayores desayunaban en la mesa, cada uno con un grueso jersey de lana. Nana Louise ayudaba a Jessa, nuestra hija de tres años y medio, a servirse zumo de naranja en el vaso.

—Puedo hacerlo yo sola —se quejaba Jessa.

Nana Louise, que también era la profesora de mis hijos, ya que estaban escolarizados en casa, asintió y dijo:

—Claro que puedes. Mira. Lo estás haciendo ahora mismo. Tú solita. Niña grande.

Jessa sonrió. La expresión verbal de su autonomía fue suficiente para hacerle olvidar que las manos de Nana Louise no dejaban de sujetar el vaso.

—Niña grande —repitió.

Nana Louise inclinó el vaso y la pequeña bebió con avidez. Observé con aprobación cómo la pulpa goteaba por su barbilla. El zumo de naranja era casero. El tutorial estaría *online* esa misma semana.

—¡Buenos días! —dije a la sala.

Cinco cabezas se giraron hacia mí. Me respondieron en coro.

—Buenos días, mami.

Me abrí paso alrededor de la mesa, besando cada mejilla perfecta, acariciando cada cabeza perfecta. Todos mis hijos, incluso los varones, llevaban el pelo largo. Las niñas se parecían a mí: pecosas, caras finas, pelo marrón oscuro como la tierra, expresiones propensas a una seriedad penetrante. Si nos pillabas a alguna en un momento de puchero, no te culparíamos por pensar en un mártir del siglo XVI en huelga

de hambre. En cuanto a los chicos, se parecían a Caleb: mejillas sonrosadas, grandes sonrisas dentadas. Cuando caminaban todos en grupo (y a menudo lo hacían; los chicos adoraban a Caleb), me hacían pensar en un trío de políticos en procesión, recorriendo el país en busca de bebés a los que besar.

Rara vez prestaba atención a las diferencias entre mis hijos e hijas. Tanto ellos como ellas hablaban y reían de forma parecida. Su ropa era un arcoíris de colores neutros. El mismo montón de verdes oliva, tostados y ocre había ido descendiendo por nuestro creciente árbol genealógico durante más de una década.

«Es increíble lo que puede durar un buen algodón».

Me acerqué a mis dos hijos, Stetson y Samuel. Stetson tenía ocho años, uno menos que Samuel, pero desde el verano pasado los dos tenían la misma altura y el mismo peso. Con el pelo hasta los hombros y la forma en que parecían hacerlo todo al unísono —correr, jugar, hacer las tareas domésticas, llevarse la comida a la boca—, me recordaban a un par de ponis de doma.

Apoyé una mano en cada cabeza mientras comían los cereales con afán infantil y sentí cómo sus cráneos se movían bajo mis palmas como palancas de *bulldozer* poseídas.

—¿Qué haremos hoy, chicos?

—Necezitamos conztruir un nuevo recinto para Zazafraz —dijo Stetson, con la boca llena.

—Mmm —contesté—. Muy importante. A papá le encantará que lo ayudéis.

—Papá dijo que podía usar la pistola de clavos.

Samuel empujó a Stetson, con lo que tiró la cuchara llena de cereales de su mano y la hizo caer al suelo.

—Me toca a *mí* usar la pistola de clavos.

—*Los dos* usaréis la pistola de clavos —dije—. ¿Nana Louise?

Ella asintió, limpió el jugo pulposo de las mejillas y la barbilla de Jessa, y luego se levantó para recoger el desorden.

La gente se negaba a creer que mis bebés fueran tan responsables como parecían *online*. ¡¡¡¡Es imposible que esta sea su vida real!!!!, escribían las Mujeres Enfadadas. (Así es como Caleb y yo las llamábamos, las Mujeres Enfadadas). A lo que yo respondía: nada, por supuesto. La principal tarea de una madre es proteger a sus hijos del mundo. No había ninguna necesidad de que alguna bruja odiosa de Manhattan viera cómo Samuel se ponía agresivo con su hermano (e incluso con sus hermanas, a veces), ninguna necesidad de que presenciara la rabieta diaria de Stetson por la aritmética (yo quería a ese chico, pero no había sido dotado con una dosis estándar de cerebro). Si las Mujeres Enfadadas se enteraran de alguno de los defectos de mis hijos, se volverían locas de sed de sangre. También se quedarían devastadas. Ellas no se daban cuenta, por supuesto, pero me necesitaban tanto como yo a ellas. Era una relación simbiótica. Yo era un tiburón, y ellas eran cinco millones de pececillos que mordisqueaban los nutrientes a lo largo de mi vientre.

Pobres idiotas. Estaban desesperadas por comerme. No tenían ni idea de que era yo quien las mantenía con vida.

—*¿Qué se siente al saber que millones de personas de todo el mundo conocen detalles íntimos de sus hijos?*

—*Solo muestro momentos muy seleccionados de la vida de mis hijos. Y, además, ninguno de ellos tiene acceso a pantallas. Por cierto, ¿has visto los estudios? De los efectos de las pantallas en el cerebro de los niños. En mi opinión, mis hijos están mucho mejor en esta casa, donde de vez en cuando aparecen en vídeos para mi cuenta, que en otro lugar, en el que estarían toda la noche mirando un iPad. De verdad. —Se oye un cacareo incomprensible—. Es una epidemia. Muy triste. Deberían investigarlo.*

—Te has levantado temprano —le comenté a la productora Shannon mientras me servía el café.

—No podía dormir —dijo.

Fruncía el ceño ante la pantalla de la cámara, girándola hacia un lado y luego hacia el otro, con una expresión malhumorada en el rostro. Cuando Shannon llegó por primera vez a la granja, tenía diecinueve años, había abandonado los estudios en la Universidad de Barnard, tenía el pelo rosa, un aro en la nariz y estaba dispuesta a hacer trabajos muy profesionales a precio de estudiante. Ahora tenía veintiuno. Seguía llevando el aro en la nariz, pero había abandonado el pelo rosa en favor de su castaño natural. No estaba segura de si eso indicaba un cambio de identidad personal o más bien una aceptación práctica de la realidad de vivir a una hora de distancia de la ciudad más próxima. No había muchas opciones en cuanto a peluqueras cualificadas cerca de una granja de doscientas hectáreas.

Hice una pausa y le dije con delicadeza:

—¿Has tenido esos sueños otra vez?

Me miró.

—¿Quién te ha hablado de eso?

En esos sueños, Shannon estaba de pie en la ladera cercana, viendo cómo la granja ardía hasta los cimientos. La casa, el gallinero, los jardines: todo en llamas. Bolas de fuego del tamaño de un coche caían del cielo violeta. Cuando el fuego se extendía por los campos, ella corría —o intentaba correr— mientras el granero se derrumbaba y los animales gritaban entre los escombros. A veces nos veía a lo lejos, saludándola con la mano. Le decíamos algo. Y otras veces, cuando el sueño duraba más, veía rayos de luz que descendían del cielo, nos iluminaban a mis hijos, a Caleb y a mí, y nos salvaban a todos menos a ella.

—Nana Louise está preocupada por ti —le dije, lo cual era más diplomático, pensé, que «Nana Louise está harta de que la despiertes a gritos en mitad de la noche».

Todos los empleados de la granja vivían en las habitaciones situadas encima de los establos, junto al aula de educación de los niños.

—Estoy bien —contestó Shannon—. No es nada.

Se inclinó a mi lado para enchufar un cargador de batería. Por un momento nos quedamos en silencio, una al lado de la otra en el pequeño rincón de la casa donde pasamos casi todas nuestras horas de vigilia juntas.

—*Quizá tenga la cocina más querida de Estados Unidos. ¿Puede hablarnos un poco de ella?*

—*Dios mío, ¿por dónde empiezo?*

A través del ojo perspicaz de la cámara, el espacio para cocinar se veía perfectamente desordenado: un vaso de agua medio lleno por aquí, un derrame de harina por allá, unos cuantos tallos de flores olvidados esparcidos por una tabla de cortar de aspecto desgastado. Parecía el típico lugar donde trabajaba una madre; como una cocina del mundo real, solo que obviamente mejor que cualquier cosa que el mundo real pudiera ofrecer. La gente cree que quiere minimalismo, que quiere una casa sin cosas, cuando en realidad una casa perfectamente ordenada da ganas de suicidarse. Un espacio siempre debe parecer habitado para que alguien quiera vivir en él. Es algo obvio, si te paras un momento a pensar, pero la mayoría de la gente no se para un momento a pensar en nada. La mayoría de la gente es idiota.

Otra ventaja de esta zona de la cocina era que estaba justo al lado de una larga hilera de ventanas, por lo que la luz, una vez que salía el sol, era suave y perfecta a cualquier hora del

día. El mero hecho de estar cerca de ese rincón me hacía parecer y sentir seis años más joven. Cirugía plástica divina, lo llamaba en privado, aunque ni se me ocurriría decir algo así en internet. Las Mujeres Enfadadas me comerían viva.

—*¿Se ha operado alguna vez?*

Risas, risas, risas.

—*Dios, no. Lo siento, no quiero ofender a otras que sí lo han hecho, pero ¿yo? ¿Personalmente? Nunca lo haría.*

Shannon tenía la mirada perdida en las ventanas, que en esas mañanas de invierno parecían ofrecer un portal a un mundo envuelto en negro. Sabía que estaba pensando en sus sueños. Estaba claro que no tenía ni la más remota idea de lo que significaban. ¿Cómo podía ser tan tonta? Claramente, Dios estaba tratando de llegar a ella de la manera más directa posible, le enviaba señales de humo y palomas mensajeras y le escribía mensajes en el cielo, y ella lo ignoraba todo. Probablemente programaría una llamada con algún intérprete de sueños estafador antes de siquiera considerar que su cerebro podría estar ofreciéndole una visión no metafórica. Era una pena verla pasar totalmente por alto la revelación, pero no del todo sorprendente. El cerebro de Shannon, parcialmente educado en Barnard, era un instrumento romo, secular y simple; era una herramienta tan adecuada para hablar directamente con Dios como un par de espátulas de goma para una operación a corazón abierto.

¿Y por qué el Señor quería llegar a Shannon con tanta urgencia?

Bueno, Shannon se había portado mal.

Shannon me miró y nuestros ojos se cruzaron. Mis mejillas se sonrojaron por haber sido sorprendida mirándola fijamente con una expresión tan abiertamente sentenciosa.

—Por cierto —me dijo—, mi nuevo teléfono ha llegado hoy. Gracias, de nuevo, por permitirme la opción de envío urgente.

—Faltaría más.

Al parecer, hacía una semana uno de los niños había tirado el teléfono de Shannon a un charco. Y, como yo era tan buena jefa, le había puesto remedio de inmediato, así que le entregué la tarjeta de crédito de la compañía para que pidiera uno nuevo, mientras dejaba ir una pequeña broma desenfadada: «No querría que te quedaras aquí sin acceso al mundo real».

—¿No ibas a ponerte hoy el delantal morado?

—¡Ah! —dije, y me reí—. ¡Uy! Cerebro de embarazada.

Odiaba esa expresión, «cerebro de embarazada», pero era una forma excelente de parecer cercana. El delantal que llevaba era azul marino oscuro. Usaríamos estos vídeos para anunciar una nueva variedad de color para los delantales de nuestra tienda *online* (35,99 dólares, cien por cien algodón, botones de plástico reciclado, hecho en España).

—Ahora voy a buscarlo.

Cuando salí de la cocina, Nana Aimee entró con mi hija pequeña, June. Jessa se levantó de la mesa, con el vaso ya vacío, y me siguió caprichosamente como una brizna de diente de león. Cogió a June de la mano al pasar y pronto las dos niñas se pusieron a llamar a las niñas mientras ellas me seguían escaleras arriba.

—Está bien —grité por encima del hombro—. Pueden venir conmigo.

Era un regalo muy especial de nuestro Creador haber sido bendecidos con tres niñas seguidas. Todos los niños eran regalos de Dios, por supuesto, pero *¿un grupito de niñas?*, un conjunto de joyas de dos y tres? Eso era algo totalmente distinto. Una niña era encantadora, un niño era bonito, pero las

niñas, en plural, eran la fantasía y la ternura personificadas. Radiantes bolas de deleite. Criaturas tan orientadas a la comunidad. Con la incorporación de cada nueva damita a su tribu de damitas, todas parecían crecer un poco más, brillar un poco más. Se llevaban las unas a las otras como muñecas. Se trenzaban el pelo. Se cogían y acicalaban y tocaban con obsesión maternal.

Me gustaba decir que los chicos nos alimentarían cuando fuéramos viejos y débiles, pero ¿las chicas? Bailarían alrededor de nuestras sillas de ruedas, arrojarían pétalos de rosa sobre nuestras tumbas. Además, lo admito: eran más fáciles de entrenar. Los chicos a veces se resistían, se frustraban o se aburrían, pero las chicas no. Podían actuar durante horas sin quejarse, igual que su madre.

—Mamá.

Hice una mueca de desagrado instintiva, luego cambié mi expresión por una más suave.

—¿Sí, cariño?

Estaba de pie frente al espejo de mi habitación, poniéndome el delantal nuevo, y mi hija mayor, Clementine, me miraba desde la puerta. Había cumplido doce años en verano y a los pocos días dejó de llamarme «mami». Entornaba los ojos cada vez que la oía decir «mamá»: odiaba esa palabra. Era un sonido tan feo y masculino, mucho menos musical que mi alternativa preferida. Pero no me resistía. Clementine era una preadolescente, lo que significaba que me estaba poniendo a prueba. Lo peor que podía hacer era oponerme.

Vi a través del espejo cómo Clementine cruzaba la habitación y se sentaba junto a las niñas en mi cama.

—¿Qué significa «*tradwife*»?

Rasca y gana.

—¿Quién te ha dicho esa palabra?

—¿Qué? ¿Es malo?

—*Tradwife* —dijo Jessa, y soltó una risita. Echó la cabeza hacia atrás y volvió a decirlo—. ¡*Traaaaaadwife!*

Casi parecía posible que Clementine oyera los ruidos mecánicos de mi cerebro mientras este giraba a velocidad de vértigo, valorando quinientas respuestas posibles a su pregunta. Mi hija mayor era como yo, no solo por su aspecto, sino también por su carácter: guardaba su inteligencia como un cuchillo a la espalda. Ahora que se acercaba sigilosamente a la edad adulta, nuestras similitudes me parecían un poco desconcertantes. Era como ver a un clon de mí misma caminando lentamente hacia mí desde un punto lejano: ¿Qué pasaría cuando llegara?

Soy consciente de que este no es el tipo de cosas que se supone que debes sentir por tu propia hija. Pero la maternidad es como esto de ser una estrella en las redes sociales. Es decir: todas las mujeres que conozco me mintieron sobre cómo sería antes de que yo misma me convirtiera en una.

—*Si sus hijos se convirtieran en influencers algún día, ¿estaría orgullosa de ellos?*

—*Solo quiero que mis hijos sean felices.*

Gran sonrisa hasta las encías.

Opté por una ambivalencia casual. Lo peor que puedes hacer es que un niño sepa que algo te preocupa.

—Sé que *trad* es la abreviatura de tradicional. Algunas personas llaman a las mujeres como yo *tradwife*, o sea, esposa tradicional. Por razones obvias.

Por algunas personas me refería a las Mujeres Enfadadas. Eran ellas las que me llamaban *tradwife*, las que decían *trad* como si fuera la abreviatura de algo malvado, como si *tradicional* no fuera algo bueno en el universo de cualquier persona cuerda. Pero estas mujeres no estaban cuerdas, ni eran fe-

lices, ni creían demasiado en la responsabilidad individual. En lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo de su preciada existencia en la Tierra husmeando en las vidas de otras personas cuando podrían estar cocinando sus propias comidas caseras, o incluso ofreciendo contacto visual a sus hijos —en lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo bañándose en sus celos rancios cuando podrían estar construyendo algo de lo que sentirse orgullosas—, aparentemente estaban mucho más interesadas en beberse una botella de vino cada noche y escribir sin parar sobre mí en un chat. Supongo que estoy asumiendo que estas mujeres eran unas borrachas, pero, a juzgar por el número de errores tipográficos que había en cada uno de sus mensajes, yo lo llamaría una suposición basada en pruebas. Las *tradwives* estaban *arrunando* el país por permanecer casadas *consus* maridos, al parecer. Las esposas tradicionales *estban desturyendo* América porque les gustaba pasar tiempo con sus *hijos*.

A lo que yo contestaba, en una de las seis cuentas anónimas temporales que usaba *online*: Oh, Dios mío, ¡que el cielo no lo permita!

Antes de que estas mujeres me llamaran *tradwife*, me habían llamado *fanática religiosa*, *líder de una secta* o *co-neja*. Comparado con esos nombres, *tradwife* parecía amable.

—Personalmente, no creo que celebrar las tradiciones sea malo —dije—. ¿Y tú?

Las dos pequeñas negaron con la cabeza. «No. mami. Te queremos, mami». Pero Clementine se quedó mirándome.

—¿Así que reconoces que eres una *tradwife*?

Me sentí, de repente, como si me estuvieran tomando declaración en un juicio.

—Cle-men-tine, ¿por qué no me dices quién te dijo que yo era una *tradwife*?

—Nadie —respondió. Y en un momento, parecía ya aburrida con el tema—. Solo te estaba haciendo una pregunta. ¡Por Dios!

Mientras se ponía de pie, volví a enfrentarme a mi reflejo y me coloqué bien el lazo del delantal. Ya no sonreía.

—Dile a Nana Louise que mire la previsión del tiempo —le pedí a Clementine—. Puede que hoy llueva. Los niños deberían llevar botas.

Pero no respondió y, cuando me volví, ya se había ido.

Las niñeras. Tenían que ser las niñeras. Dejaban constantemente sus teléfonos en las encimeras y en el sofá, no importaba cuántas veces les dijera que no lo hicieran. Proteger a tu hija del mundo era una tarea abrumadora. Jessa y June eran todavía tan pequeñas, tan impresionables, pero ¿Clementine? Prácticamente una mujer ya. No se podía confiar en ella.

—¿A sus hijos les gusta que los filmen?

—¡Oh! Les encanta.

El plan para este Día de Creación de Contenido era hacer un panecillo con mi famosa masa madre y representar un belén en él con hierbas que había recogido personalmente de nuestro jardín. Este era, con perdón por el juego de palabras, mi pan de cada día. Además, la temporada navideña siempre suponía un gran auge para nuestra tienda *online* (tabla de cortar de cerezo Rancho Los Viejos Tiempos, 120 \$, fabricada en Brasil; mezcla de sal francesa Rancho Los Viejos Tiempos, 45 \$, fabricada en Francia; pintura patentada para interiores Rancho Los Viejos Tiempos en tonos Granja, Pionero y Vaquera, todo fabricado en Estados Unidos, 80 \$ bote de cuatro litros). El bollo no era tanto la atracción principal como la droga de entrada: El Niño Jesús de lavanda en un pesebre de

romero, los Reyes Magos de tomillo, tra-la-la y los seguidores hacían clic-clic-clic, hasta que sus corazones —y sus carritos de la compra *online*— estaban llenos. Suplicarían, siempre suplicaban, por más.

El panecillo con hierbas me llevó cuatro horas. Una cantidad de tiempo estándar, que Shannon recortaría y condensaría en un lapso de treinta segundos, con mis dedos girando vertiginosamente alrededor de la pantalla, amasando, acariciando y dando forma a un bulto de masa pálida. La segunda mitad del día la dedicamos a la Cena Natural. Iba a preparar un asado tradicional de domingo («¿o debería decir un asado trad de domingo?». Pensaba escribirlo en la descripción con un guiño; eso sí que llenaría de rabia a las Mujeres Enfadadas). Todos los ingredientes procederían de nuestra propia granja, excepto la ternera, que técnicamente procedía del supermercado al otro lado del paso de montaña.

A primera hora de la tarde nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado sin huevos frescos, así que decidimos ir al gallinero. El cielo y las montañas se portaron de maravilla con nosotros. Fui alegremente hacia el gallinero, con Jessa y Junebug aferradas a mi falda mientras caminábamos por el barro y saludábamos a las señoritas, que es como yo llamaba a las gallinas siempre que me grababan. «Las señoritas».

—Hola, señoritas —declamé—. ¿Cómo estáis hoy?

Detrás de mí, Shannon tropezó con el cable de la cámara y soltó un taco.

—Lo siento —dijo—. ¿Puedes repetir esa parte?

Claro que sí. Podía hacer cualquier cosa que se me ordenara, un millón de veces, en un millón de variaciones de ese saludo jovial.

—¡Hola, señoritas! ¿Cómo estáis hoy?

—Perfecto. Pasemos a la toma de la recogida de huevos.

—¡Oh! —dijo alguien desde atrás—. ¿Es esa Marilyn Monroe en un gallinero?

¡Podría ser! Puse los ojos en blanco y me reí. Me alisé la falda y recé para que Shannon siguiera filmando cómo Caleb entraba en el gallinero, me cogía por la cintura y me inclinaba como si bailáramos. Me besó mientras nuestras hijas aplaudían. Luego me levantó de nuevo y sonrió cuando le di una palmada juguetona en el hombro.

—¡Me has ensuciado las botas!

—No te vas a morir por un poco de suciedad.

Movió ligeramente su sombrero de vaquero en forma de saludo y me guiñó un ojo.

Me reí y volví a poner los ojos en blanco.

—Estamos *filmando*, Caleb.

Como si no lo supiera.

—En realidad no —dijo Shannon—. Hice una pausa justo antes de que Caleb hablara. Así que todo bien. Si queréis hacer un descanso rápido, puedo ir a tomar un café.

—Oh —dije, cabizbaja—. Vale. Bueno, en realidad no tenemos que...

Pero Shannon ya se estaba alejando con la cámara, caminando rápidamente hacia la casa.

Caleb me dio dos palmaditas suaves en el trasero. Mientras veíamos a Shannon abrir la puerta principal con una fuerza innecesaria, dijo:

—¿Sigue enfadada?

Me invadió una oleada de emoción.

—Sí, Caleb. Sigue disgustada.

—Bueno. Pronto se sentirá mejor. Cuando...

Lo miré y se quedó callado.

—No entiendes nada a las mujeres.

Estaba a punto de replicar, y yo estaba a punto de cortarle con una afirmación aún más afilada, pero entonces ambos nos

dimos cuenta, exactamente al mismo tiempo, de que nos estaban observando.

Jessa, Junebug. Criaturitas, dulces, mirádonos. Observando, siempre. ¿Dónde diablos estaba Nana Aimee?

No importaba. Era una buena práctica, de todos modos. Eso era lo que me decía a mí misma cuando me encontraba vigilada por una niña que debería haber estado vigilada por otra persona: «¡Es una buena práctica!». Una actuación impecable, después de todo, no llega de la noche a la mañana. Lleva años —y más y más años— de práctica.

Me puse de puntillas y besé a Caleb dos veces seguidas.

—Vuelve al trabajo, vaquero.

Las niñas rieron y aplaudieron, y yo me sonrojé ante ese premio. Caleb se quitó el sombrero frente a nosotras tres y se encaminó hacia el granero, donde probablemente pasaría una o dos horas organizando las balas de heno. Caleb era muy bueno manteniéndose ocupado. También se le daba muy bien hacer solo las tareas de la granja con las que realmente disfrutaba: ordeñar a Sassafras, conducir el gran tractor John Deere en círculos bien pequeños, pasar la noche en vela con una cerda de parto. En cuanto a las tareas que no le gustaban —limpiar, plantar, recolectar, quitar el estiércol de los establos—, se las dejaba a los jornaleros.

—*Espera un momento. ¿Tenéis jornaleros también?*

Pausa.

—*¿No los mencioné antes?*

Mierda. Considera mencionar el cerebro de embarazada.

—*Tenemos dos o tres, normalmente. Solo trabajo estacional. Dependiendo de lo que pasa en la granja. ¡Necesitamos tanta ayuda como podamos conseguir!*

—*Pero ¿por qué no...?*

—*¡Cerebro de embarazada!*